

CESARE PAVESE

La luna y las fogatas

Traducción de
Carlos Clavería Laguarda

Introducción

*L'ignorante non si conosce mica del
lavoro che fa ma da come lo fa.*

CAPÍTULO XVII

Cesare Pavese escribió *La luna y las fogatas* entre el 18 de septiembre de 1949 y el 9 de noviembre del mismo año, a ritmo de «casi siempre un capítulo al día» si hemos de creer lo que dice el autor en *El oficio de vivir*. Dedicó el libro a Constance Dowling, una actriz estadounidense con la que tuvo una breve relación en la primavera de 1950. Rowling dejó Italia y se alejó del autor por los días en los que se imprimía la primera edición del libro, que se puso a la venta en abril de 1950 al precio de seiscientas liras (un café costaba treinta). Pavese no llegó a ver ni la reimpresión de octubre ni el éxito de la que fue la última novela que escribió. Fracasos vitales y amorosos, entre otras muchas razones, lo llevaron al suicidio a finales de agosto de 1950.

La luna y las fogatas cuenta la historia de un bastardo crecido en las colinas y en los campos piamonteses, de un siervo campesino que viaja por el mundo, hace fortuna en Estados Unidos y vuelve a su tierra como hombre cabal y respetado. Es la novela de la nostalgia de la infancia, de la búsqueda de la

identidad, de la descripción de la vida rural italiana durante el fascismo, de la constatación de que la vida rural italiana acabada la Segunda Guerra Mundial es más vieja que nueva. Anguilla vuelve a su tierra tras veinte años de ausencia y decide conversar con el amigo de siempre, Nuto, para reflexionar sobre la resistencia al nazi-fascismo, sobre la relación entre amos y siervos, y sobre la falta de entendimiento entre el poder de siempre (fascistas, militares, clero, nobleza, terratenientes) y un mundo que se rebela consciente de que cambiar no debe significar, por fuerza, dejar las cosas como estaban.

La crítica italiana fue unánime a la hora de juzgar la calidad literaria de *La luna y las fogatas*. Incluso los más recalcitrantes admitieron que se trataba de literatura en estado de gracia, de una prosa capaz de combinar precisión y alegoría de manera natural, con la naturalidad con la que viven y hablan los personajes de un mundo recreado por un literato de verdad para describir la vida de a diario de personas vestidas de a diario. Pavese consiguió una obra literaria de gran altura apoyado en las ideas y en la forma de hablar de un campesino y de su amigo carpintero, hábiles a la hora de explicar que su pequeño pueblo es grande como el mundo entero y que el mundo entero cabe en su pequeño pueblo. Porque «un paese ci vuole, non fosse che per il gusto di andarsene via. Un paese vuol dire non essere soli, sapere che nella gente, nelle piante, nella terra c'è qualcosa di tuo, che anche quando non ci sei resta ad aspettarti».

Esta traducción se basa en la primera edición de *La luna e i falò*, Einaudi, Turín, abril de 1950. El traductor ha cotejado algunos pasajes con el manuscrito original, que se puede consultar en línea en hyperpavese.com.

C. C. L., primavera de 2022

*for C.
Ripeness is all*



Hay una razón para que haya vuelto a este pueblo, aquí y no a Canelli, a Barbaresco o a Alba: no nació aquí, se puede casi asegurar. No sé dónde nació. No hay por aquí una casa, un trozo de tierra, unos huesos de los que pueda decir: «Esto fui antes de nacer». No sé si provengo de la colina o del valle, del bosque o de una casa con balcones. La muchacha que me abandonó en las escaleras de la catedral de Alba quizá no venía del campo, quizá era la hija del patrón, o es posible que me trajeran en un capazo de vendimiadores dos mujeres pobres de Monticello, de Neive o, por qué no, de Cravanzana. ¿Quién puede asegurar qué sangre me corre por las venas? He viajado lo bastante por el mundo para saber que las sangres todas son buenas y se equivalen, pero por eso uno se cansa e intenta echar raíces, buscarse tierra y pueblo, para que su sangre valga y dure más de lo que dura una estación.

Si crecí en este pueblo debo agradecersele a Virgilia, a Padrino, gente que ya no está, gente que me recogió y me alimentó solo porque el hospicio de Alessandria les pagaba un jornal. Por estas colinas, hace cuarenta años, había desgraciados que, para embolsarse una moneda de plata, un escudo, cargaban con un bastardo del hospicio, a añadir a los hijos

que ya tenían. Había quien prefería una niña para con el tiempo tener sirvienta y poder someterla mejor. Virgilia me quiso a mí porque ya tenía dos hijas y, crecido, esperaban arreglárselas en una casa de labor más grande y trabajar todos y acomodarse. Padrino tenía entonces apenas un chamizo en Gaminella —dos habitaciones y un establo—, la cabra y un bancal con avellanos. Crecí con las chicas, nos quitábamos la polenta del plato, dormíamos en el mismo jergón. Angiolina, la mayor, tenía un año más que yo y, solo cuando cumplió los diez, el invierno que murió Virgilia, supe por casualidad que no era su hermano. Desde aquel invierno, Angiolina (juiciosa) debió dejar de venir con nosotros por los bosques, los ribazos y el río: debía cuidarse de la casa, hacía el pan y el queso que llamábamos *robiola*, era ella la que iba al ayuntamiento a retirar el escudo. Yo me jactaba ante Giulia de valer cinco liras; le decía que ella no rentaba nada y le preguntaba a Padrino por qué no adoptábamos más bastardos.

Ahora sé que éramos miserables, porque solo los miserables aceptan y alimentan a los bastardos del hospicio. En tiempos, cuando corría hacia la escuela y los demás me gritaban «¡bastardo!», yo creía que era un nombre, como «cobarde» o «vagabundo», y respondía por los consonantes. Era ya un joven hecho y derecho —el Ayuntamiento dejó de pagarnos un escudo—, pero no había acabado de asumir que no ser hijo de Padrino y de Virgilia quería decir no haber nacido en Gaminella, no haber aparecido de debajo de los avellanos o de detrás de las orejas de la cabra, como habían hecho las chicas.

El otro año, cuando volví por primera vez al pueblo, vine casi a escondidas a ver los avellanos. La colina de Gaminella, una ladera larga e interrumpida toda viña y ribazos, una pendiente tan pronunciada que si levantas la cabeza no ves la cima —y en la cima, quién sabe dónde, hay más viña, otros

bosques, otros senderos—, parecía que el invierno la hubiera cuarteado y dejaba entrever la tierra y los troncos desnudos. La veía claramente, con una luz seca, extenderse gigantesca hacia Canelli, donde acaba nuestro valle. Por la carreterucha que sigue el curso del Belbo llegué al murete del puente y al cañaverál. Veía sobre el bancal la pared del chamizo hecho de piedras ahora ennegrecidas, la higuera retorcida, el ventanuco vacío, y recordaba los terribles inviernos. A mi alrededor, los árboles y la tierra eran diferentes, la masa de avellanos había desaparecido, solo veía el rastrojo del maizal. En el establo mugió un buey, y en el frío del atardecer olí el estiércol. Así, quien habitaba ahora el chamizo no era tan miserable como nosotros. Esperé siempre algo así, o que el tugurio estuviera en ruinas. Muchas veces me imaginé sentado en el murete del puente mientras me preguntaba cómo fue posible pasar tantos años en aquel agujero, entre aquellos pocos senderos, pastando la cabra y respigando manzanas caídas hasta la margen, convencido de que el mundo acabase tras la curva de la carretera que luego bajaba a plomo hasta el Belbo. Pero no me esperaba no encontrar los avellanos. Quería decir que se había acabado todo. La novedad me descorazonó hasta el punto de que no entré en la era, no llamé a la puerta. Comprendí entonces qué quiere decir no haber nacido en un sitio, no llevarlo en la sangre, no estar medio sepulto entre los viejos, tanto, que haber cambiado el cultivo no tenga importancia. Es cierto, quedaban bancales de avellanos por las colinas, podía todavía reencontrarme. Yo, si hubiera sido dueño de aquellos campos, los hubiese desbrozado, desboscado, y hubiera sembrado trigo. Ahora, me parecían habitaciones de esas que se alquilan en la ciudad y en las que se vive un día o años y tras la mudanza parecen cáscaras vacías, disponibles, muertas.

Aquella noche, cuando dejé atrás Gaminella, me encontré de frente la colina de Salto, más allá del Belbo, con las crestas y los prados que desaparecían en las alturas. En la falda, también aquella colina era todo viña deshojada, en terrazas, y los arbolados, los senderos, las casas de labor aquí y allá eran como los vi durante años, a diario, sentado en la banca detrás del chamizo o apoyado en el pretil del puente. Además, los años antes de entrar en quintas, que fui siervo en la alquería de la Mora, en la llanura pingüe que hay al otro lado del Belbo y Padrino —una vez vendido el chamizo de Gaminella— se fue con las hijas a Cossano, aquellos años —decía— bastaba que levantase la vista de los campos para ver bajo el cielo las viñas de Salto, y también estas descendían hacia Canelli, paralelas a la vía del tren, al silbido del tren que día y noche corría a lo largo del Belbo y me hacía pensar en maravillas, en estaciones; y en la ciudad.

Así, muchos años creí que el mundo entero era este pueblo en el que no nací. Ahora que el mundo lo he visto de verdad y sé que está hecho de muchos y pequeños pueblos, no sé si cuando era chaval me equivocaba tanto. Uno viaja por mar y tierra como los jóvenes de mis tiempos iban a las fiestas de los pueblos vecinos y bailaban, y bebían, y se peleaban con los forasteros y volvían a casa con las banderas y los puños rotos. Se cultiva uva y se vende en Canelli, se cogen trufas y se llevan a Alba: vive Nuto, mi amigo de Salto, que provee de toneles y de prensas a todo el valle, hasta Camo. ¿Qué quiere decir? Hace falta ser de un pueblo, aunque solo sea por el placer de irse. El pueblo quiere decir no sentirse solo, saber que en la gente, en los árboles, en la tierra hay algo de ti, que incluso cuando no estás te espera. Pero no es fácil mantener la calma. Hace un año que no le quito el ojo de encima y cuando puedo dejo atrás Génova, es más fuerte que yo. Estas cosas se

comprenden con el tiempo y con la experiencia. ¿Es posible que, con cuarenta años y con todo lo que he visto, no sepa todavía qué es mi pueblo?

Hay algo que no consigo entender. Todos piensan que he vuelto para comprarme una casa y me llaman Americano, me presentan a sus hijas. A alguien que se fue sin siquiera tener un nombre debería gustarle; de hecho, me gusta. Pero no es suficiente. Me gusta también Génova, me gusta saber que el mundo es redondo y tener un pie en la pasarela de embarque. Desde que era un chaval y me apoyaba en el badil cerca de la verja de la Mora y oía las chácharas de los vagos que pasaban por la carretera, las colinas de Canelli son la puerta del mundo. Nuto, que, si lo comparo conmigo, no se ha alejado nunca de Salto, dice que para poder vivir en este valle es mejor no haber salido nunca de aquí. Él, él, que de joven llegó a tocar el clarinete en la banda más allá de Canelli, incluso en Spigno, incluso en Ovada, allá por donde sale el sol. De vez en cuando, hablamos; y él sonríe.



Este verano vine a estar en el hotel Angelo, en la plaza del pueblo, donde nadie me conocía de lo cambiado y grande que estoy. Tampoco yo conocía a nadie en el pueblo. En mis tiempos, se venía poco al pueblo, se vivía en los caminos, en las orillas del río, en los ribazos, en las eras. El pueblo estaba lejos, en el valle; el agua del Belbo pasa delante de la iglesia media hora antes de ensancharse por entre mis colinas.

Vine para descansar quince días y resultaron ser las fiestas de agosto. Mucho mejor, el ir y venir de los forasteros, la confusión y el alboroto en la plaza hubieran camuflado hasta a un negro. He oído chillar, cantar, jugar a la pelota; de anohecida, fuegos artificiales y petardos; han bebido, reído, ido en procesión. Toda la noche, durante tres noches, ha habido orquesta y baile en la plaza, y se oían los coches, las cornetas y los disparos de las escopetas de aire comprimido. El mismo ruido, el mismo vino, las mismas caras de entonces. Los chavalines que correteaban entre la gente eran los mismos; los pañuelos de hato, las yuntas de bueyes, los perfumes, el sudor, las medias oscuras de las mujeres, era todo como entonces; y las alegrías, las tragedias, las promesas a las orillas del Belbo. Nuevo era que una vez, con las cuatro

perras de mi primer salario en el bolsillo, me fui de fiesta, a lo del tiro al blanco, al tiovivo, e hicimos llorar a las chiquillas que aún llevaban trenzas y ninguno de nosotros sabía aún por qué hombres y mujeres (jovenzuelos repeinados y muchachitas soberbias) se enfadaban, se tomaban el pelo y bailaban juntos. Nuevo era que ahora lo sabía, y que aquel tiempo había pasado. Me fui del valle apenas empecé a saberlo. Nuto el que se quedó, Nuto el carpintero de Salto, mi cómplice en las primeras correrías por Canelli, tocó durante diez años el clarinete en todas las fiestas, en todos los bailes que se hacían en el valle. Para él, el mundo fue durante diez años una fiesta continua: conocía a todos los borrachos, a los saltimbanquis, las alegrías de los pueblos.

Hace un año que, siempre que me acerco al pueblo, vengo a verlo. Tiene la casa en la parte baja de la ladera de Salto, cerca de la carretera; la llena un olor a leña verde, a flores y a serrín que, al principio de estar en la Mora, a mí (que venía del chamizo y la era) me hacía sentir en otro mundo. Era el olor de los caminos, de los músicos, de las casas de Canelli, en donde nunca había estado.

Nuto se ha casado, es hombre cabal, trabaja y da trabajo. Vive en la misma casa, una que cuando le da el sol huele a geranio y a adelfa; tiene las macetas colgadas de las ventanas y apoyadas en la fachada. El clarinete está colgado en la alacena, se camina sobre el serrín, lo echan a capazos en el riachuelo a los pies de Salto, que tiene una margen hecha de acacias, de helechos y de saúcos, y siempre está seco en verano.

Nuto me ha dicho que le tocó elegir: o musicante o carpintero. Tras diez años de música dejó colgado el clarinete cuando murió su padre. Cuando le dije dónde había estado, me dijo que algo sabía por la gente de Génova, y que en el

pueblo se decía que antes de partir encontré un ánfora llena de oro bajo un pilar del puente. Bromeamos.

—Quizá ahora —le decía— resulte que encuentre hasta a mi padre.

—Tu padre —dijo— eres tú.

—En América —respondí—, lo bueno es que bastardos lo son todos.

—También esto —apuntó Nuto— tendría que poder arreglarse. ¿Por qué ha de haber gente que no tiene nombre ni casa? ¿No somos todos humanos?

—Deja las cosas como están. Yo he triunfado, incluso sin nombre.

—Tú saliste adelante —dijo Nuto—, y por eso la gente no murmura, pero ¿y los que no lo consiguen? No sabes cuántos pobres diablos corren todavía por estas colinas. Cuando iba por ahí con la banda, por doquier veías al idiota, al retrasado, al expósito, apoyado en la cocina. Hijos de alcohólicos y de sirvientas ignorantes que los obligan a alimentarse de tallos de berza y de cortezas. Había quien se reía de ellos. Tú lo has superado —dijo Nuto— porque bien o mal encontraste una casa; comías poco en lo de Padrino, pero comías. No hace falta decirlo: para que los otros salgan de esta hay que ayudarlos.

Me gusta hablar con Nuto, ahora somos hombres y nos conocemos. Antes, en los tiempos de la Mora, del trabajo en la alquería, él —que es tres años mayor que yo— sabía ya silbar y tocar la guitarra, lo buscaban y lo respetaban, hablaba con los mayores, con nosotros los niños, guiñaba el ojo a las mujeres. Iba con él ya entonces y, a veces, dejaba el campo y me escapaba con él hasta la orilla del río, o nos metíamos en las aguas del Belbo, o buscábamos huevos en los nidos. Él me daba consejos para hacerme respetar en la Mora; por la noche, venía a estar con nosotros en la era de la alquería.

Me contaba ahora cosas de su vida de músico ambulante. Los pueblos en los que estuvo eran los que están cerca, claros de día y boscosos bajo el sol, nidos de estrellas en un cielo negro. Iba por las fiestas de los pueblos con los compañeros de la banda, a los que instruía bajo un cobertizo cerca de Stazione los sábados por la tarde. Entraban en los pueblos ligeros y expeditos. Luego, durante dos o tres días, no cerraban ni la boca ni los ojos: del clarinete al vaso de vino, dejar el porrón y coger el tenedor, luego otra vez el clarinete, la corneta, el trombón, a comer de nuevo, luego otros vinos y el concierto de clarinete, que si la merienda y luego la gran cena, la verbena hasta el alba. Tocaba en fiestas, procesiones y bodas; competía con las bandas rivales. El tercer día, por la mañana, bajaban del quiosco como lunáticos, era agradable meter la cabeza en un cubo con agua y tirarse sobre la hierba de los prados, entre los carros, los carromatos y las boñigas de caballos y bueyes.

—¿Y quién pagaba? —preguntaba yo.

Los ayuntamientos, las familias, los ambiciosos, todos. A la hora de comer, siempre los mismos.

Hay que ver lo que comían. Recordaba las cenas de las que se hablaba en la Mora, cenas de otros pueblos y de otros tiempos, pero los platos eran siempre los mismos, y cuando los nombraba me parecía entrar en la cocina de la Mora y ver a las mujeres rallar, amasar, rellenar, abrir las ollas, encender el fuego y sentir aquellos sabores; recordaba el crujido de los sarmientos.

—Tú que tenías aquella pasión —le preguntaba—, ¿por qué lo dejaste? ¿Porque murió tu padre?

Y Nuto decía que, lo primero, con la música se ganaba poco y, luego, que todo aquel despilfarro y no saber quién pagaba la fiesta, al final, cansa.

—Y luego vino la guerra —decía—. Quizá las chicas tenían todavía ganas de mover las piernas, pero no había quien las sacara a bailar. La gente se divirtió de otra manera durante la guerra.

—Pero la música me gusta —añadió Nuto tras darle vueltas—. Solo que es mal amo... Se convierte en un vicio, y cuesta dejarlo. Mi padre decía que es mejor el vicio de las mujeres.

—Claro —dije—. ¿Cómo llevaste lo de las mujeres? En tiempos te gustaban. Al baile iban todas.

Nuto ríe como si silbara, aunque no ría de broma.

—¿Has llenado el hospicio de Alessandria?

—Espero que no —dijo—. Para uno como tú, cuántos desgraciados.

Luego me dijo que, de los dos, prefería la música. Formar un grupo —sucedió a veces— las noches que volvían tarde, y tocar, tocar: él, la corneta, la mandolina, por la carretera, a oscuras, lejos de las casas, lejos de las mujeres y de los perros que respondían como enloquecidos; tocar de esta manera.

—Serenatas no di nunca —decía—. Si una mujer es guapa, no es música lo que busca. Busca la satisfacción delante de las amigas, busca un hombre. No conocí una sola mujer que supiese qué significa la música.

Nuto se dio cuenta de que sonreía y dijo de repente:

—Te explico una buena. Tenía un músico, Arboreto, que tocaba el bombardino. Daba tantas serenatas que los demás decíamos: esos dos no se hablan, se tocan.

De estas cosas hablábamos a pie de carretera, o apoyados en la ventana, con un vaso en la mano, y abajo teníamos la plana que hace el Belbo, los árboles que marcaban los márgenes de aquel hilo de agua, y delante del cerro grande de

Gaminella, viñas y bancales toda ella. ¿Cuánto hacía que no bebía de este vino?

—¿Te he dicho —dije a Nuto— que Cola quiere vender?

—¿Solo la tierra? —dijo él—. Ten cuidado que este te vende hasta el colchón.

—De farfolla o de pluma —dije entre dientes—. Mira que soy viejo.

—La pluma acaba por convertirse en farfolla —dijo Nuto.

Y luego me dijo:

—¿Has ido a echarle un vistazo a la Mora?

A propósito. No, no había ido. Estaba a dos pasos de la casa de Salto y no había ido. Sabía que el viejo, las hijas, los chavales, los siervos, todos se habían dispersado; quien muerto, quien desaparecido, quien lejos. Quedaba solo Nicoletto, el sobrino sandio que tantas veces me llamó bastardo a la vez que pataleaba. La mitad de las propiedades y de la tierra las habían vendido. Dije:

—Iré un día. He vuelto.